

› El problema surge cuando el criterio de *libre demanda*, tan beneficioso durante la primera infancia, se prolonga más allá de los dos años de vida. “Nos debemos la tarea de transformar la crianza durante la niñez y la adolescencia”, afirma esta especialista.

“Mi hijo se convirtió en un tirano”

Los niños, niñas y jóvenes se van a transformar con nosotros, con los mayores con los que conviven, según sea esa convivencia.

El futuro de la humanidad no son los niños, somos los mayores con los que se transforman en la convivencia.

-Humberto Maturana

Hace poco, una madre desesperada me hizo esta pregunta: “¿Qué cosas hacen que el modelo de crianza con apego lleve, por momentos, a que los padres y las madres nos sintamos asfixiados o sobrepasados y que comencemos a ver que nuestros hijos e hijas se convierten en tiranos?”

Digamos primero que la persona que formula esta la pregunta, por el mismo modo de hacerlo, ya ha asignado algún tipo de responsabilidad al modelo de “crianza con apego”. Ella ya ha asumido que es este modelo el que “lleva, por momentos” a que los chicos “se conviertan en tiranos”. Lo que necesita entender es cómo ese modelo de crianza termina generando esa consecuencia no deseada; ella quiere saber “qué cosas hacen” que esto suceda.

Me importa dejar en claro que no es, en sí mismo, el criterio de crianza con apego el problema. La confianza en ese otro de quien un niño o niña dependen para vivir es fundamental para el sano desa-





X
Lía
Goren



Datos de la autora

Educadora. Creadora del espacio Away y del Enfoque Relacional Dialógico (ERD). Con formación en psicología gestáltica, educación en valores, perspectiva del diálogo, teoría de redes. Trabaja desde hace más de veinte años para ayudar a las personas a establecer relaciones saludables y empoderantes.

Contacto: www.awayo.com.ar

rollo. El problema radica en que se llega a este estado de cosas cuando la crianza con apego se perpetúa de manera generalizada más allá de los dos años.

Los hijos y las hijas consolidan la creencia de que su papá y su mamá están para servirlos, y que el mundo gira a su alrededor para su entera y permanente satisfacción.

El criterio de la “libre demanda” que orienta las relaciones adultos-niños durante la primera infancia no debe prolongarse de manera generalizada más allá de los dos años. Cuando se sigue accediendo a cada pedido de los hijos asumiéndolas como mandato necesario de ser satisfecho, aparecen disfunciones en la relación: los padres y las madres quedan “pegados” a sus hijos e hijas y ellos comienzan a creer que su papá y su mamá son prolongaciones de sí mismos, prolongaciones de sus deseos con el deber de satisfacerlos. Los hijos y las hijas consolidan la creencia de que su papá y su mamá están para servirlos y que el mundo gira a su alrededor para su entera y permanente satisfacción. Me resulta habitual escuchar la cansada queja de padres y madres de niños de 3, 4 y 5 años porque no pueden ir a dormir hasta que su hijo o hija no deciden hacerlo.

Distinguir entre necesidad y deseo

Los padres y las madres deben satisfacer necesidades. En cuanto a sus deseos, solo deben proveer las condiciones para que sus hijos e hijas, por sí mismos “se esfuercen” en pos de su cumplimiento, pero no deben encargarse de cumplirlos por ellos.

Existe poca claridad respecto de la diferencia entre necesidad y deseo. El consumismo juega un papel nefasto en este sentido. Tener un par de zapatillas es una necesidad. Cuando un niño o una niña quieren 6 pares de zapatillas ya no estamos hablando de necesidad. Si alguno de ellos quiere 6 pares, podría ahorrar para comprarlos o se los compraría cuando sea grande con el dinero que gane por sus propios medios. Los padres, madres, adultos en general, satisfacen necesidades, no deseos. Cuando satisfacen los deseos los transforman en

necesidad y los hijos e hijas asumen que no pueden vivir sin ese celular carísimo y que sus padres son unos monstruos por no comprárselos.

En mi experiencia, cuando un papá o una mamá le dice a sus hijos “podés comprártelo con tus ahorros” la respuesta más común es: “¡Con mi plata no me voy a comprar eso!” Si ellos consideran que su plata no debe ser gastada en eso que están pidiendo, ¿por qué entonces se lo piden a sus padres? o, mejor dicho, ¿por qué la plata de los padres debería ser gastada en eso si ellos no están dispuestos a hacerlo?

En esos momentos es cuando aparecen las propias críticas y las de otras personas expresadas en comentarios del tipo: “esa criatura está siendo demasiado mimada, ya está grande, necesita más límites”.



Claves para padres

En principio, sepa lo que quiere.

Los adultos solemos decirles a los chicos “lo que ellos deben querer” en lugar de darnos cuenta y comunicar “lo que nosotros queremos”.

Es la diferencia entre “¿Cómo se te ocurre pedirme ese celular?” y “Yo no quiero comprarte ese celular”.

Recién entonces, hable.

Si usted ya sabe lo que quiere, observe las “reglas” de un mensaje bien formulado:

- Debe ser expresado en 1° persona.
“Por favor, (yo) quiero que bajes ya mismo de la cama” en lugar de “en la cama no se salta” (evite el modo impersonal, ¿quién lo pide?)
- Debe ser amable.
“Por favor, quiero que bajes ya mismo de la cama”. Tanto por el tono e inflexión de la voz como por las palabras que utilice (fórmulas de cortesía).
- Debe ser expresado en positivo.
- Debe indicar lo que “sí” quiere que suceda. “Por favor, sacá la mano de la planta.” en lugar de “No toques la planta” (ponemos el foco de la acción en el tocar). “Mirá bien donde ponés los pies” en lugar de “Cuidado que te podés caer.”
- Debe ser adecuado.
Quien lo recibe debe ser capaz de comprender el mensaje y realizarlo.
- Que su palabra tenga valor.
Haga lo que dice y haga que los acuerdos, salvo excepciones, sean aplicables a todas las personas en la misma situación. Si dice que no quiere comprar algo no lo compre. Si dice que quiere que saque la mano de la planta y no sucede, con suavidad y de inmediato, toma al niño o niña en brazos y lo aleja de la planta.



Esa demanda no debe ser satisfecha, además, porque impide que los chicos conozcan el placer del logro, impide que se nutran del sentimiento de autoconfianza que resulta de haber conseguido lo que querían por sí mismos. En realidad, estar en relación es la primera necesidad. La satisfacción de lo que desean o creen que desean (por fuerza de la presión cultural hacia el consumo que los rodea) por parte de los adultos no reemplaza la relación.

Desde la demanda hacia la autonomía

Si esta confusión persiste los padres enloquecen y los niños permanecen inmaduros y pasivos, pensando que es el mundo el que les debe algo cada vez que las cosas no resultan como quieren. Cuando los padres y las madres se percatan de cuánto importa el que los niños y las niñas desarrollen empatía, autonomía y responsabilidad personal, comienzan a intuir que el modelo del apego de la primera infancia no alcanza. En esos momentos es cuando aparecen las propias críticas y la de otras personas expresadas en comentarios del tipo: “esa criatura está siendo demasiado mimada, ya está grande, necesita más límites”.

Aquí es cuando todo comienza a tambalear, porque abordar esta nueva etapa comienza significar un retroceso, significa buscar herramientas en la única caja de la que disponen los padres y las madres, la de su propia infancia. No quieren repetir aquellas cosas que juraron nunca decir a

Así como la crianza con apego significa un cambio de mirada que ha mejorado la calidad de la vida emocional de la primera infancia, nos debemos la tarea de transformar la crianza durante la niñez y la adolescencia.

sus hijos, pero no hay retorno. De pronto, como si se tratase de algún tipo de piloto automático, se escuchan y se ven diciendo y haciendo exactamente lo mismo que hacían sus padres y madres con ellos (y que habían jurado nunca decir o hacer).

Aquí es donde aparece la necesidad de un trabajo de consulta de orientación familiar que acompañe la crianza y la educación de los niños más allá de los dos años. Así como la crianza con apego significa un cambio de mirada que ha mejorado la calidad de la vida emocional de la primera infancia, nos debemos la tarea de transformar la crianza durante la niñez y la adolescencia. Se trata aprender una nueva manera de mirar lo que importa en las relaciones adultos-niños o adolescentes y cómo este cambio de mirada es acompañado con las habilidades de comunicación que se corresponden con ese cambio. Se trata de las mismas intenciones de siempre, cuidarlos y quererlos de un modo que los fortalezca emocional, social e intelectualmente sin resultar autocráticos. ●

